



COMUNICACIONES

EL DESARROLLO: ¿UN MITO DESTRUCTOR A SUPERAR?

**Invitación a un diálogo conflictivo
e inventivo entre culturas**

Las recientes transformaciones en los países socialistas son presentadas por los portavoces del Occidente vencedor como la confirmación del anunciado fin de las ideologías, como el triunfo de aquello que denominan mercado libre, democracia y derechos humanos. Según ellos, ha caído el mito del igualitarismo y de la vía socialista al desarrollo económico y social; dicen que los hechos demuestran que, levantada la represión, lo que de natural parece emanar es el capitalismo democrático. Para ellos, el fracaso del socialismo se ha manifestado en la incapacidad de llevar a las poblaciones a un nivel de consumo elevado con la misma velocidad a que accedían a él las capas medias de los países más potentes del capitalismo real.

Capitalismo y socialismo, en la medida en que son dos caminos de acceso al desarrollo y al progreso, han de ser considerados, en consecuencia, como dos formas parcialmente diferentes de realizar el mismo modelo occidental moderno. Pero ¿qué se entiende por desarrollo?

El desarrollo es el modelo que proclama la industrialización, el consumo de masas y el tipo de vida euro-americano (en realidad, también una ideología) como bienes universales y universalizables. Pero la extensión de este modelo ha fracasado. Tras medio siglo de promover políticas de desarrollo, se ha llegado a un mundo en el que, según los indicadores occidentales, se considera desarrollado sólo uno de cada cinco habitantes del planeta. Probablemente tienen razón quie-



nes afirman que el subdesarrollo de la mayoría es condición para el desarrollo de la minoría. En tal caso, debería verse el progreso occidental como un proceso depredador que continúa, bajo formas sofisticadas, el colonialismo iniciado hace cinco siglos. Es preciso comprender que no podrá haber ni paz ni solidaridad mientras el nivel de vida de los occidentales dependa de la explotación de los demás pueblos y de la naturaleza. El consumo medio de materias primas y de energía de cada europeo, norteamericano o japonés es unas veinte veces mayor que el de las personas que viven en las demás culturas. Y el de importantes sectores urbanos ricos puede llegar a ser cien, quinientas o mil veces superior.

Dicho modelo de progreso y desarrollo tiene sus raíces en los procesos iniciados en Europa hace unos quinientos años. El sustrato religioso, filosófico, político y económico que permitió a unas minorías imponer hace doscientos años la revolución industrial no es exportable ni se puede implantar allí donde hay otros valores y otras relaciones sociales. Para iniciar una revolución industrial es necesaria una acumulación previa (como la que facilitó la expansión colonial). Difícilmente pueden realizar esta expansión los países que se quieren industrializar. No sólo porque están fuertemente endeudados, sino porque no quedan sobre el planeta espacios que puedan conquistar... Además, y sobre todo, los ecosistemas no soportarían durante muchos años la extensión del modelo depredador norteamericano a todos los habitantes del planeta... Ya reconocidos científicos y políticos constatan que este modelo lleva a la rápida destrucción de las condiciones en que sobre la tierra pueda continuar existiendo la especie humana. Su hipotético éxito aceleraría aún más este proceso suicida.

La modernidad y el progreso hacen pagar un alto precio también a sus hijos pretendidamente privilegiados, a pesar de que muchos de ellos consideran que viven con un gran bienestar. La vida cotidiana de la mayoría de los ciudadanos desarrollados no parece un modelo de equilibrio ni de armonía: aglomeraciones urbanas, marginación de un tercio de la población, contaminación, accidentes de tránsito, aislamiento, desarraigo, estrés... Las enfermedades propias de las sociedades modernas aumentan vertiginosamente: incremento de malformaciones genéticas, de abortos involuntarios, de diabetes, cáncer, enfermedades víricas nuevas (no sólo el SIDA), de malnutrición por exceso y por intoxicación alimentaria... Se mide el grado de desarrollo por medio de índices mezquinos, reductores, cuantitativos: renta *per capita*, producción o consumo de coches, libros, cemento, hierro, electricidad por mil habitantes... sin tener en consideración la destrucción de recursos ni su aprovechamiento óptimo, ni el incremento de enfermedades. La reducción de todo a la economía y a aquello que es cuantificable olvida otros valores decisivos para la vida de las personas y de los pueblos.

Desde la mentalidad occidental, consideramos que la miseria y el hambre son debidas a catástrofes naturales o al mantenimiento de tradiciones milenarias. Sería conveniente revisar esta convicción, no ocurriese que la miseria y el hambre convertidas en crónicas en numerosas zonas fuesen sobre todo fruto de la desestructuración de ancestrales modos de vida comunitarios. Esta desestructuración, impuesta por la fuerza o conseguida por la persuasión y la seducción, se ha concretado en la expropiación de las mejores tierras para dedicarlas a monocultivos;



en la destrucción del artesanado para poder comercializar productos industriales; en la esclavitud, el trabajo forzado y, también, el trabajo asalariado; en reducir la vida a la economía... El genocidio de los pueblos, el etnocidio de las culturas, el economicidio de los sistemas de vida, el ecocidio de la naturaleza... son la cara del desarrollo ocultada en Occidente.

El súbito contagio de las otras culturas por la cultura occidental ha provocado una explosión demográfica sin precedentes. Para atacar el síntoma de la elevada tasa de mortalidad se ha olvidado el equilibrio ecológico entre natalidad y mortalidad. Se quiere salvar individuos mientras se destruye la estructura social y económica en que estos individuos han de vivir. La temida bomba poblacional agrava la mayoría de los problemas. Pero la principal solución a estos problemas no es la del control demográfico sino, sobre todo, la del cambio de modelo que los ocasiona, la bomba del progreso. Con los actuales niveles de consumo y de destrucción de recursos (recordemos que la relación es, como mínimo, de veinte a uno), serían necesarios más de 20.000 millones de hipotéticos habitantes de los considerados pobres para destruir tantos recursos como los que están destruyendo actualmente 1.000 millones de los llamados desarrollados. No existe, pues, un problema demográfico, sino que el problema es la minoría que vive inconscientemente en la sociedad del bienestar.

El mencionado contagio también ha impuesto una concepción económica de la vida y una división internacional del trabajo, claramente asimétrica. El actual orden económico internacional fue creado tras la Segunda Guerra con los acuerdos de Bretton Woods para favorecer a los países industrializados bajo la hegemonía de los EE. UU.: la posición privilegiada del dólar, las antidemocráticas instituciones financieras —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial...—, los desiguales acuerdos comerciales del GATT (liberalización del comercio internacional), etc., son instrumentos que han permitido la imposición de las dinámicas occidentales y, en consecuencia, la apertura de mercados para los estados económicamente enriquecidos, el control de los estados (copiados de los europeos) económicamente empobrecidos y la destrucción o el bloqueo de las economías comunitarias locales.

Así, en nombre del desarrollo y del progreso se ha suscitado en gran parte de la población mundial unas esperanzas que están provocando importantes movimientos migratorios en busca de un «paraíso» que Occidente está protegiendo con un burocrático muro de la vergüenza. El deseo interiorizado de vivir como lo hacen los americanos ricos es una gran ideología predicada en las series televisivas, en el cine y en los productos símbolo de consumo, que provoca grandes expectativas y genera graves destrucciones culturales (en las lenguas, en la valoración del éxito y de la violencia, en las relaciones sexuales...). La presión migratoria es el efecto bumerang que la ostentación del estilo de vida occidental provoca en gran parte de las demás poblaciones. Si no sabemos, o no queremos, modificar este estilo de vida, los movimientos migratorios serán imparables y los conflictos, inimaginables. Es una frivolidad cantar la victoria de capitalismo cuando cuatro de cada cinco personas no pueden ver realizadas las aspiraciones que les promete, y cuando una de cada cinco personas vive en situación límite.



El discurso imperante es triunfalista y, a la vez, timorato. Abundan frases como la siguiente: «Estamos en un momento único de la Historia en el que las ideologías han muerto y no hay nuevos mesías y el Hombre se encuentra solo con su responsabilidad; no podemos pensar en grandes teorías ni en grandes soluciones, hay que resolver los problemas concretos y tomar pequeñas soluciones»¹. Que hay que resolver los problemas concretos es un buen consejo para todos. Pero, en la medida en que estos problemas son creados por este sistema, no pueden ser resueltos con su propia lógica, y no tienen pequeñas soluciones. No cuestionar dicha lógica es una ideología que únicamente puede reforzar, en vez de solucionar, los problemas que el desarrollo crea. Hay problemas concretos que son grandes problemas y, a grandes problemas, grandes soluciones, nuevas lógicas, nuevos marcos de pensamiento y acción.

Liberados de los mitos del socialismo real, queremos librarnos también del principal mito del capitalismo real: que realizar el modelo occidental de desarrollo y progreso es el ejemplo a imitar por todas las demás culturas.

El comunismo ya no puede ser culpado como el instigador, más o menos oculto, de toda lucha, crítica o alternativa al sistema. ¿En nombre de qué o de quién seremos ahora perseguidos los que cuestionamos, de una u otra manera, la superioridad de Occidente o dificultamos su depredación planetaria? De momento, tenemos abierta una vía inédita para innovar sin ser acusados de hacer el juego a alguien. El enemigo que amenaza con culminar la destrucción de la actual sociedad es la propia autocomplacencia, que ciega a los dirigentes y a la mayoría de la población.

Por propia coherencia con el pensamiento y los valores proclamados por Occidente, tenemos que introducir la duda metódica en nuestras certidumbres y abrimos a las demás culturas del planeta, no ocurriese acaso que algunos de los problemas más importantes que nos preocupan pudiesen ser abordados y resueltos eficientemente cambiando nuestras reglas del juego e incorporando otros modelos, estilos y formas de vida que ahora desconocemos, subestimamos o despreciamos.

No tenemos otra certeza que la siguiente: el tipo humano y social que ha construido el Occidente moderno no es el mejor y ha llegado a ser altamente nocivo para la especie humana. Por esto queremos apostar por la investigación innovadora, inventiva de valores, reglas y modelos. Responsabilizados del futuro común, queremos ejercer —juiciosamente pero con coraje— la capacidad de inventar opciones verosímiles (no sólo escoger entre las que nos ofrecen), de construir la realidad. Ésta ha sido siempre la característica más específica de los seres humanos. En plena adoración de la innovación técnica, ¿seremos incapaces de avanzar en la innovación social?

Nos convocamos a intentarlo.

Xarxa Intercultural d'Innovació Social
(Red Intercultural de Innovación Social).
Apartado 94205, 08080 Barcelona.

1. Declaraciones de Karl Popper en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 1991.